

**John D.
MacDonald**

**EL MAR
DESIERTO**



Un importante hombre de negocios, audaz y aventurero, se pierde misteriosamente en el mar, frente a la costa de Florida. ¿Accidente, suicidio, crimen o estratégica desaparición? Un enigma que conmueve a su mujer, a sus dos hijas y a su amante, a la compañía de seguros y a las autoridades judiciales. También a la opinión pública.

Con su acostumbrada maestría, MacDonald teje la intriga y construye el misterio. La trama se parece sorprendentemente, en algunos aspectos, a ciertos casos recientes y notorios, pero MacDonald la desarrolla con originalidad e ingenio indudables. Otro gran *best seller*. Varias semanas en la lista de *best sellers* del *New York Times*.

Dedicado a los esplendorosos recuerdos
De esos dos últimos barcos de pasajeros
Que hicieron flamear la bandera de los Estados Unidos,
el Monterrey y el Mariposa,
y a los marineros que navegaron a bordo de ellos

En este mundo, sólo hace falta que a un hombre
se lo haga girar una sola vez sobre sí mismo
con los ojos cerrados para que se sienta perdido.

THOREAU

Travis McGee 17

UNO

Van Harder subió a bordo de *The Busted Flush* en una calurosa y radiante mañana de mayo. Mi casa flotante estaba amarrada en su lugar, Embarcadero F-18 en el Bahía Mar, Fort Lauderdale. Yo estaba atravesando uno de mis periódicos espasmos de energía nacidos de la culpabilidad. Uno se pone a pensar que está manteniendo de un modo adecuado su casa flotante y sus vagabundeos, cumpliendo con todas las reglas, manteniendo un ojo avizor sobre las líneas, la sentina, la broncería y todo lo demás. Pero las reglas fueron escritas para climas más benignos que el de la Florida, que fuera descrito una vez al Rey de España por De Soto como «un arenal inhabitable», aunque para ese entonces estaba habitado por un grupo bastante numeroso de indígenas.

De pronto todo comienza a estallar, a rasgarse y a destruirse, a gotear y a chirriar, y a emitir sus boqueadas posteriores. Finalmente uno se somete o se va a vivir a tierra firme como una persona normal.

Mientras rezongaba, iba cambiando, centímetro a centímetro, los postes de la barandilla de los tres lados de la cubierta, de babor, de estribor y de popa, utilizando un taladro y un destornillador eléctricos para colocar los cuatro enormes tornillos a través del reborde metálico al pie de cada poste. Mis rodillas estaban ulceradas, mis muñecas doloridas y el sudor goteaba en forma constante desde mi nariz y mi barbilla. Tenía puestos un viejo par de pantalones

de tenis y el sol hacía estragos en mi cansada y bronceada espalda.

Hacía seis, tal vez siete años que no veía a Van Harder. Compró el *Queen Bee III* para alquilarlo en excursiones de pesca. Había sido tenaz y era capaz de encontrar pesca, por eso tenía menos dificultades para encontrar clientes que la mayoría de sus colegas. Sabía que no iba a agobiarme con un exceso de conversación. Supe que había pasado por una mala racha, pero de eso ya hacía un tiempo. Hombre frugal, había ahorrado su dinero y, luego de vender el *Queen Bee III* a Rance Fazzo, había adquirido un barco camaronero y una enorme deuda, y se había trasladado a la otra costa.

Terminé de colocar el poste, me desplacé lentamente y me sequé la cara con la toalla. Nos sentamos en las dos sillas de los pilotos, de espaldas al panel de instrumentos mirando hacia la popa, hacia todos los negocios y torres de Bahía Mar, ambos bajo la sombra del toldo plegadizo.

Van Harder era un hombre enjuto y cetrino. Alto, silencioso e inexpresivo. Nunca lo había visto sin su pringosa gorra caqui con una propaganda. Oriundo de la Florida, con varias generaciones a sus espaldas de esa estirpe de hombre rudos, incansables, mal alimentados e implacables que habían espantado a ese infierno viviente de las tropas que enfrentaran durante la Guerra de Secesión. Sus ojos eran de un pálido celeste acuoso. Tendría unos cincuenta años, supuse.

—Me han dicho que Fazzo está pescando ahora en las cercanías de Marathon —me dijo.

—Le va muy bien, según he oído.

Silencio.

—¿Meyer aún anda rondando por ahí?

—Sigue rondando. Hoy hizo algunas diligencias en la ciudad.

Silencio.

—Supongo que habrás escuchado que perdí al *Queen Bee Number Four*. Un barco camaronero. Sesenta y cinco pies.

—Sí. Ahora lo recuerdo. ¿Fue hace cuatro años más o menos?

—Faltan dos meses para los cinco años. Lo echó a pi- que un barco cargado de fosfato que se dirigía a Tampa. Cuarenta millas al oeste de Nápoles. A las tres de la mañana. Perdí dos hombres. Uno de ellos iba al timón. No hay forma de contar lo que sucedió.

—¿Asegurado?

Escupió por sobre la barandilla, a favor del viento, con excelente precisión y velocidad.

—Lo suficiente como para recuperar lo que había pagado por él. Conseguí trabajo como capitán en otro camaronero. Más grande. Nuevo. En la Hula Marine Enterprises.

—¿Hula?

—Eso significa la *h* y la *u* iniciales de Hubbard y la *l* y la *a* iniciales de Lawless. Hubbard Lawless. La Hula tenía seis barcos camaroneros en ese momento y siete en el momento en que fue vendida hace ya un par de años. Lo que ocurrió fue que Hub vio los números y se la vendió a Weldron, que es una parte de Associated Foods, con sus propios mercados y todo eso. Yo podría haberme quedado con Weldron, como hicieron la mayoría de los otros, excepto que los más viejos hubiéramos debido retirarnos demasiado pronto y Weldron no estaba dispuesto a tomarnos. Pero Hub Lawless me ofreció trabajo como patrón del *Julie*. Un crucero realmente hermoso.

—Lo he visto en Pier sesenta y seis, hacia la salida, bien al fondo. Hermoso.

—Construcción alemana. Un par de enormes diésel. Veloz. Buena autonomía náutica. Blanco con una franja azul. ¿Cómo sabes que era el mismo *Julie*?

—Recuerdo ese nombre. Lawless. Pregunté quién era el propietario.

—Si eso ocurrió hace un año, yo lo estaba capitaneando. Hace un año, en abril. Tenía algún tiempo para venir por aquí y ver quién andaba rondando, cómo andaban las cosas. No se me ocurrió venir a verte entonces, McGee.

—Pero esta vez me has buscado. —No era tanto una objeción como una observación que ponía las cosas en su lugar. Dio en el blanco con precisión. No hubo respuesta. Me arrellané en mi silla, hundí la barbilla en el pecho, crucé las piernas, permanecí observando pacientemente mis grandes pies desnudos y tostados, algunas marcas más pálidas en la cara externa de mi tobillo izquierdo y la profunda y fea cicatriz que corría a lo largo de mí muslo derecho.

—Lo más divertido de todo esto —dijo—, fue que Hub me contrató porque sabía que yo era formal. El capitán que tenía antes, no voy a hacer nombres, se había dedicado al *whisky*, tomaba su buena tajada para él cuando ordenaba las provisiones y había llevado mujeres a bordo cuando Hub estaba afuera en viajes de negocios.

—¿Por qué dijiste que eso es divertido?

—Divertido significa la forma extraña en que esto se dio, eso es todo. Yo retomé el cristianismo cuando cumplí los veintiocho años. Cambié el rumbo de mi sufriente camino saliendo de las oscuras profundidades del pecado para caminar en amor y hermandad junto a nuestro buen Señor Jesús. Ahora bien, Hub sabía eso. Y lo respetaba. Hasta esa noche nunca hubo otra mujer a bordo, excepto su esposa y su hija.

—¿Qué noche?

Se volvió hacia mí y me prodigó una larga mirada celes-
te acuoso:

—¡La noche en que Hub Lawless se ahogó! ¿De qué noche piensas que estoy hablando? No hubo un solo diario en toda la Florida que no publicara el asunto *completo*.

—¿Cuándo ocurrió?

—El veintidós de marzo. De alguna manera se cayó del *Julie*.

—Yo me marché a comienzos de marzo, Van. Regresé hace sólo una semana. Duke Davis dio una fiesta en Grenadines en ese viejo queche que tiene, el *Antsie*, tuvo una mala caída y se destrozó la espalda, y me telegrafió para que fuera y le ayudara a traer de vuelta el *Antsie* hasta su muelle. No me quedó tiempo para leer los diarios o para escuchar los noticieros.

—Entonces pareces estar más fuera de onda de lo que recuerdo.

—¿Qué significa todo esto, Van?

Se quedó pensando cerca de treinta segundos antes de contestarme.

—Tal vez sepa más de lo que debería respecto de la época en que ayudaste a Arthur Wilkinson cuando andaba en las malas, y fue inmediatamente después que lo ayudaste cuando se casó con Chookie McCall. Lo que escuché en ese entonces fue que si alguien perdía algo importante, tú tratarías de encontrárselo y que, si lo lograbas, te quedabas con la mitad de lo que fuera su valor.

—Eso suena bastante exacto. ¿Entonces?

Se inclinó hacia mí, sólo un poco. Tuve la sensación de que esto era algo que había estado pensando muy cuidadosamente, dándole mil y una vueltas, para estar seguro de no pasar por tonto. Su sabiduría se reducía al mar. Asumió un aire de mayor dignidad.

—Me han robado mi buen nombre, McGee.

—No veo cómo o en que forma...

—Espera un minuto. Quedé marcado como un hombre borracho, un loco que pierde al patrón por encima de la borda y por poco le pierde el barco. Tuvo lugar una investigación y me acusaron de negligencia. Yo no tenía mis papeles y no pude hacer nada en mi favor. Lo estuve hablando con Eleanor Ann, que consiguió un puesto como enfermera en Timber Bay y me dijo que si eso es lo que deseo hacer, ella me ayudará a salir del paso. Yo diría que, de un modo general, mi buen nombre vale unos veinte mil dóla-

res, así que esto es lo que haré, te daré un pedazo de papel. Puedes escribir en él lo que quieras y yo lo firmaré. Puede decir que si encuentras algún modo de demostrar que no fue en absoluto mi culpa, te pagaré diez mil dólares, no todo de una vez, sino en el tiempo que me lleve conseguirlos y pagarte.

Todo lo que poseía había sido arrollado por esa indagación: su orgullo, su dignidad, su carrera como marino, su valía como hombre. Y yo sentí que ésta era realmente la última posibilidad en la que había podido pensar. Travis McGee, la última posibilidad que tenía.

—Mejor me cuentas exactamente lo que sucedió.

—¿Te haces cargo del asunto?

—Después de que me cuentes lo que sucedió, me sentaré y lo pensaré, probablemente hable con Meyer acerca de esto. Y entonces te diré si puedo serte de alguna ayuda. Si no puedo estaría gastando tu tiempo y el mío.

Lo pensó meticulosamente, frunció los labios e hizo un pequeño cabeceo de aceptación. Y contó su historia.

Alrededor de las cuatro de la tarde del veintidós de marzo, Hubbard Lawless había telefoneado al *Julie* desde su oficina de campo cercana al bosquecillo y preguntado si el crucero estaba listo para hacer un viaje nocturno hasta Clearwater. Era una pregunta innecesaria ya que Van Harder siempre tenía el *Julie* preparado para zarpar. Van recordó a Mr. Lawless que al piloto, DeeGee Walloway, se le había dado permiso para viajar hasta Waycross, Georgia, donde su padre estaba a punto de morir de un cáncer en la garganta. Lawless replicó que no hacía ninguna falta el piloto. Serían cuatro los que viajarían y uno de ellos podría arreglárselas para dirigir el recorrido, si era necesario, y que por cierto podrían arreglárselas para servirse sus propios tragos y la comida.

Harder pensó que serían cuatro hombres de negocios; con frecuencia había realizado cortos viajes recorriendo las costas de la Florida cuando Lawless deseaba encontrarse

con gente sin llamar demasiado la atención. El barco era un buen lugar para mantener una conferencia. No podía ser fácilmente asediado, un hecho que los políticos parecen apreciar.

Llegaron a bordo a las nueve. Descendieron hasta el muelle en el inmenso Chrysler Imperial azul de John Tuckerman. John Tuckerman era una suerte de asistente no oficial de Hub Lawless. No parecía tener ningún puesto en particular en ninguna de las numerosas corporaciones y compañías de Hub, pero siempre andaba rondando por allí, riéndose, haciendo chistes, confirmando las reservas de los pasajes aéreos, de los hoteles, de los muelles, hangares y todas esas cosas. Trajeron a bordo dos mujeres jóvenes. La mitad de la edad de Hub y de John Tuckerman. Pantalones ajustados y equipajes de aerolíneas. Perfume y risitas falsas.

A Van Harder no le gustó nada. El *Julie* era un barco familiar, llevaba el nombre de la esposa de Mr. Hub. Mujeres como esas dos estaban fuera de lugar a bordo. Harder sabía por comentarios de otras personas que Hub Lawless era casi con seguridad un mujeriego, pero hasta ese momento, hasta que esas dos subieron a bordo del *Julie*, sólo se trataba para él de charlatanerías. Cuando alquilaba su barco para excursiones de pesca, era famoso porque se sabía que daba vuelta y regresaba rugiendo al desembarcadero, donde devolvía la parte correspondiente al tiempo no utilizado si la gente comenzaba a besuquearse a bordo del *Queen Bee III*. Precisamente no podía negarse a hacer el viaje hasta Clearwater, pero no deseaba seguir permaneciendo como capitán de un prostíbulo flotante.

Preguntándose todavía qué debía hacer, Harder condujo al *Julie* fuera del South Cedar Pass. Era una noche inesperadamente fría, con viento del noroeste y el mar blanco de espuma a lo largo de los bancos de arena que rodeaban al traicionero canal antes de la línea de boyas marítimas. Una vez que llegó a mar abierto, estableció el curso hacia un punto en la costa de Clearwater, puso en funcionamien-

to el piloto automático de navegación y observó atentamente la brújula para ver si, en el estado en que estaba el mar, el avance contra la fuerte corriente de estribor permitía mantener esa velocidad sin excesivas desviaciones, balanceos y controles.

Como era su costumbre cuando Hubbard Lawless sentía que el *Julie* marchaba con su velocidad de crucero, le preparó a Harder su única bebida, un trago largo de *bourbon* y agua, y se lo alcanzó. Harder decidió que era un mal momento para hablar con Mr. Lawless respecto de las mujeres. No pensaba que ese único trago estuviera en conflicto con sus convicciones religiosas. Nunca daba lugar a un segundo.

—No mucho después de haberlo tomado, recuerdo que sentí un zumbido en mi cabeza y luego fue como si el *Julie* se encaramara sobre una inmensa ola negra que se encrespó sobre la borda. Me desperté descompuesto y confundido. No sabía dónde estaba, siquiera, pero, estábamos amarrados de vuelta en el muelle de costumbre, «*Hack*» Ames, el *sheriff*, estaba golpeándome para que me despertara y hablándome a los gritos. Él no tenía intención de ayudarme a levantarme, yo estaba demasiado maloliente porque me había vomitado encima de la ropa. Hice esfuerzos por levantarme, me agarré de la baranda y me puse de pie, pero tenía tales vértigos que no me atrevía a soltarme.

No podía entender lo que significaban todos esos gritos.

—¿Qué había ocurrido?

—John Tuckerman declaró en el sumario. Dijo que una de las chicas se sintió un poco descompuesta, fue hasta la borda para tomar un poco de aire y volvió a bajar corriendo para decirles que yo estaba inconsciente sobre el tablero. Hub y Tuckerman subieron, me revisaron y pensaron que yo tenía un aspecto bastante malo. Pensaron que tal vez hubiera sufrido un golpe o alguna maldita cosa por el estilo y que lo mejor que podían hacer era llevarme a tierra. Ambos

habían maniobrado el barco pero ninguno de ellos lo había conducido de vuelta a través del South Cedar Pass por la noche y con un mar tormentoso. Ésta fue la forma en que se las arreglaron, Hub Lawless subió a proa mientras Tuckerman timoneaba. Se guiaron al principio por las luces de la ciudad y luego por las boyas marítimas y así avanzaban lentamente hasta encontrar la siguiente señal. Las chicas se quedaron abajo, protegidas del frío viento. El barco oscilaba y cabeceaba en el mar picado. Hub permanecía aferrado tratando de señalar los bancos de arena. Tuckerman dijo que de pronto, Hub señaló hacia la derecha. Tuckerman pensó que eso significaba que virara rápidamente hacia la derecha y así lo hizo. En el instante en que chocó con el duro banco de arena, comprendió que Hub Lawless había estado señalando el problema y no la dirección en que debía virar. La sacudida hizo que Hub perdiera bruscamente el sostén y que cayera por encima de la borda. El oleaje golpeaba la proa haciéndolo caer con tanta fuerza sobre el banco de arena que Tuckerman comprendió que debía retroceder o el barco comenzaría a hacerse pedazos. Retrocedió a toda máquina y lo arrancó de un tirón, y como no pudo encontrar la perilla para encender el reflector delantero no pudo buscar a Hub. Arrojó un salvavidas, apuntando hacia el banco de arena, con la esperanza de que Hub pudiera encontrarlo. Llamó a gritos a las mujeres, quienes finalmente lo oyeron y subieron a ayudarlo a buscar a Hub. Era una noche oscura y borrascosa y lo único que se le ocurrió hacer fue tratar de encontrar las señales, encontrar su camino de vuelta y conseguir ayuda. Yo permanecí desmayado durante todo el tiempo y no volví en mí aunque más no fuera en parte hasta que, como te dije, «Hack» Ames estuvo a bordo tratando de despertarme a los golpes.

—Curioso que hiciera eso si pensaba que estabas enfermo.

—Él declaró que pensó que estaba borracho. Dijo que parecía borracho, que hablaba como un borracho, que ca-

minaba como un borracho y que olía como un borracho. Hubo otras declaraciones en la encuesta, acerca de cómo algunos pequeños barcos habían salido a la búsqueda de Hub Lawless, y de que uno de ellos encontró el salvavidas y nada más. Yo declaré que sólo había tomado ese único trago que Mr. Lawless me había traído como de costumbre. Me preguntaron por qué me había negado a ir a ver a un médico y les expliqué que una vez que empecé a salir de ese estado, me sentí un poco mareado pero no enfermo, en ningún lugar en especial o de alguna manera específica. Decidieron que Hub Lawless había desaparecido y que se presumía estaba muerto por... no recuerdo la palabra.

—¿Accidente?

—Eso es. Su cuerpo nunca apareció.

—¿Qué piensas que puedo hacer?

—Corren muchas habladurías por Timber Bay. La gente dice que Hubbard Lawless está vivo. Dicen que está en Yucatán, viviendo como un rey.

—Siempre existe ese tipo de habladurías cuando no se encuentra el cadáver y cuando esa persona tenía algún dinero.

—¿Pero que ocurre si está vivo? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Entonces él y Tuckerman debieron planear toda la cosa y ponerte fuera de combate.

—Lo que no te dije es que yo solía emborracharme bastante cuando era un pecador. Me encarcelaron por borracheras varias veces. Dejé todo eso de lado hace veinte años. Volví a tomar, sólo un trago cuando Lawless me lo alcanzaba, para demostrar me que ya nunca más sería atrapado por la bebida. Preguntaron respecto de esto en la indagatoria Y yo se los dije. Les dije que había superado la bebida y que lo tenía bien claro, que no se trataba de eso.

—¿Por qué podría simular el tipo su propia muerte?

—Problemas de dinero. Problemas de mujeres. El seguro. Eso es lo que andan diciendo. Debo conseguir ayuda.

No sé qué hacer conmigo mismo. Ya no sé qué camino tomar. Eso ocurrió en marzo y ya estamos en mayo, y desde entonces no he podido dormir bien ni una sola noche.

—Van, no quiero decirte sí o no en este instante.

—Puedo entenderlo.

—Quiero pensarlo un poco.

—¿Quieres que vuelva a verte al atardecer?

—¿Adónde puedo encontrarte?

—Conseguí trabajo por día, para mañana, como marinero de Billy Maxwell, para tener un poco de dinero. Dormiré a bordo de su barco esta noche. Es ese Merrit de treinta y ocho pies con el...

—Siguiendo hacia el fondo. Conozco el barco.

—Recuérdalo, te firmaré un papel por el dinero y puedes darlo por seguro.

—Lo sé. Me pondré en contacto contigo mañana. ¿O por qué no pasas por aquí después que hayas terminado con tu trabajo en el crucero?

Cuando se marchó me quedé sentado y observé cómo caminaba a lo largo del embarcadero, un hombre corpulento, triste y pálido, con muy poco más que su cuota de orgullo y rigidez. El mundo había tratado de abatirlo algunas veces pero él lo había soportado y sobrevivía. Quizás esta vez no pudiera. Quizá fuera demasiado.